



Presencia francesa en el acervo de la Fototeca Nacional, 1890-1940

Jacques Paire*

No hace falta ser fotógrafo para apreciar el valor de una imagen y sentir una emoción al observar la expresión de un rostro o el aspecto de una calle que han sucumbido al paso de los años. Basta un lente para captar el instante efímero que, plasmado en negativo, se convierte en un puente que nos permite trascender la barrera del tiempo y la distancia. En efecto, la fotografía posee la cualidad de presentar a los personajes como seres de carne y hueso, más allá de sus modas anticuadas, lo que la convierte en un apoyo imprescindible para la enseñanza y divulgación de la historia. Esta verdad, simple y fascinante, se revela al mirar con detenimiento el retrato de personas y entornos desaparecidos que cobran vida ante nuestros ojos hasta crear un vínculo personal con el pasado que nos permite aprehenderlo sin esfuerzo: otra sería sin duda la percepción de la época colonial si tuviéramos a nuestra disposición testimonios gráficos de ese periodo tan contundentes como, por ejemplo, la imagen de Villa y Zapata en Palacio Nacional. Con esto en mente, hace tiempo me dirigí a Pachuca para consultar el acervo de la Fototeca Nacional para ilustrar mis investigaciones en torno a la comunidad francesa en México. En aquella ocasión me acompañó la señora Minouche Suberville y juntos localizamos un total de 68 imágenes perteneciente al Fondo Casasola, salvo cuatro imágenes procedentes de los Fondos Teixidor, Culhuacán y Estereoscópicas, que ilustran diversas facetas de la actividad francesa entre 1890 y 1940. Imagen de lo que fueron e hicieron nuestros antepasados, estas fotografías ilustran el esfuerzo de quienes, mediante su participación en el comercio y la industria, contribuyeron a configurar la vida cotidiana del México moderno, y más allá de su indudable valor artístico representan una fuente de conocimiento y un testimonio de la evolución de la comunidad francesa en nuestro país.

PÁGINA ANTERIOR
Autor no identificado
Las Fábricas de Londres,
México, ca. 1924.
Col. INAH-FN-SINAFO
núm. de inv. ©1328

Si bien los primeros antecedentes de la migración francesa remontan al siglo XVI con la llegada de misioneros, a los que siguieron viajeros, aventureros y empleados de las cortes virreinales, no es sino hasta el siglo XIX cuando empieza a conformarse una comunidad de franceses establecidos en México. La independencia del país abrió sus puertas a los extranjeros, entre los cuales vinieron tres hermanos de apellido Arnaud, oriundos del valle de Barcelonnette, en los Alpes franceses, quienes abrieron un comercio de telas en las cercanías



Autor no identificado
El Palacio de Hierro,
ca. 1910.
Col. INAH-FN-SINAFO
núm. de inv. © 86095

del Portal de las Flores. Al crecer el negocio recurrieron a familiares y amigos procedentes del mismo lugar, varios de los cuales pudieron independizarse al cabo de unos años de trabajo. Al principio se trataba de pequeños cajones de ropa, con el tiempo y la derrama económica generada por la intervención francesa —además de la apertura de una línea marítima entre los puertos de Saint-Nazaire y Veracruz a través de la cual pudieron importar directamente sus mercancías— se fueron expandiendo y ocupando casas coloniales como la que se aprecia en la imagen de las Fábricas de Londres.¹ Poco a poco se extendieron a las principales ciudades del interior de la República, lo que explica su proliferación: así, los 46 comercios registrados en 1864 se multiplicaron hasta alcanzar la cifra de 150 en 1890 y alrededor de 200 en 1911.

La constante reinversión de capitales permitió a los empresarios más dinámicos desarrollar proyectos ambiciosos que transformaron el concepto del comercio en México. Tal es el caso de los socios de El Palacio de Hierro, primer almacén en trasladarse a un moderno edificio construido ex profeso sobre una estructura metálica que dio nombre a la nueva empresa. Atrás quedaba el antiguo mostrador y los in-



terminables regateos: en su lugar se introdujo un concepto novedoso desarrollado en París, la tienda departamental donde la clientela, tentada por sus aparadores, podía utilizar elevadores para circular libremente entre un mayor número de mercancías exhibidas con precio fijo en medio de espaciosas instalaciones. Las dos primeras plantas se destinaban para ventas al menudeo, la tercera al mayoreo, la cuarta para oficinas y talleres, y en la azotea se encontraban viviendas para empleados. Devastado por un incendio en 1917, El Palacio de Hierro fue reconstruido con algunas modificaciones que pueden observarse al comparar sus cúpulas.² Este modelo fue seguido por otros almacenes que rivalizaron en lujo para saciar las aspiraciones modernistas de la élite porfiriana, como El Puerto de Liverpool, El Puerto de Veracruz, El Centro Mercantil y las Fábricas Universales, cuya arquitectura sigue siendo un magnífico ejemplo del *art nouveau* en México.³

Autor no identificado
El Palacio de Hierro
y las Fábricas Universales,
ca. 1930.
Col. INAH-FN-SINAFO
núm. de inv. © 86081

Además de insertarse en el panorama y los hábitos ciudadanos, estos almacenes desempeñaron un papel importante en el seno de la comunidad a través de la Sociedad de Beneficencia y del Círculo Francés de México. Creados en 1842 y 1870, respectivamente, ambas instituciones continúan funcionando en la actualidad. La



IZQUIERDA
Autor no identificado
Venta de buena voluntad
en las Fábricas
Universales, ca. 1930.
Col. INAH-FN-SINAF0
núm de inv. © 196306,

DERECHA
Autor no identificado
Las Fábricas
Universales, ca. 1915
Col. INAH-FN-SINAF0
núm de inv. © 86113

primera, convertida en Asociación de Beneficencia Francesa, Suiza y Belga, administraba el Hospital de San Luis, hoy desaparecido, así como el Panteón francés de la Piedad, fundado en 1865, y, posteriormente, el Panteón francés de San Joaquín; en tanto el Círculo Francés, mejor conocido como Club France, se concibió como un lugar de reunión para fomentar distintas actividades deportivas, sociales y culturales con el afán de fortalecer los vínculos comunitarios y brindar esparcimiento a una colonia cada vez más numerosa. El evento más importante era, sin duda, el festejo del 14 de julio: cada año mexicanos y franceses participaban en una concurrida *kermesse* que brindaba a empresas francesas como la fábrica de cigarrillos El Buen Tono, fundada por Ernest Pugibet, la oportunidad de promocionarse patrocinando un pabellón.⁴ Los fondos ahí recaudados se sumaban a las utilidades de la venta anual de buena voluntad en la que participaban todos los grandes almacenes para financiar obras sociales destinadas a apoyar inmigrantes desvalidos a través de la Beneficencia.⁵

A su empeño innovador, los comerciantes franceses incorporaron una visión empresarial que no se limitó a distribuir, sino que también intentó abarcar el proceso completo produciendo parte de las mercancías que vendían. Además de contar con talleres propios de confección y ebanistería, los dueños de las principales tiendas unieron su capital para adquirir diversas fábricas textiles y abastecer los comercios de sus asociados en el Distrito Federal y el resto del país mediante empresas que llegaron a cotizar en la Bolsa como la Compañía Industrial de Orizaba S.A. (CIDOSA), la Compañía Industrial de Veracruz, S.A. (CIVSA), y la Compañía Industrial Manufacturera S.A. (CIMSMA). Entre sus propiedades destacaban, por su tamaño y la modernidad de sus instalaciones, las fábricas de Río Blanco y Santa Rosa, en el estado de Veracruz, cuyo clima húmedo era propicio al tratamiento del algodón, pero también invirtieron en estados como Puebla, Jalisco y Querétaro,⁶ así como en el valle de México, donde poseían, entre otras, las fábricas La Hormiga y La Alpina en Tizapán.⁷ La acumulación de capitales permitió a varios empresarios, como Auguste Garcin, Alphonse Michel, Honoré Reynaud, Sébastien Robert y Joseph Signoret dar un paso más y ocupar puestos en el consejo de

administración de instituciones financieras como el Banco de Londres y México, el Banco Nacional de México y el Banco Agrícola e Hipotecario, en las cuales detenían un porcentaje de acciones de hasta 60 por ciento.

Al mismo tiempo, otros franceses incursionaban en distintos ramos de la actividad industrial, desde las conservas Clemente Jacques hasta la producción de acero, explosivos, papel, cigarrillos y cerveza,⁸ sin mencionar la explotación de minas en Baja California. Tal auge difícilmente hubiera tenido lugar sin el apoyo del régimen porfirista, quien veía en los inmigrantes franceses un reflejo del ideal positivista de “orden y progreso”, a la vez que un freno ante la influencia de Estados Unidos. Bajo la égida del general Porfirio Díaz, José-Yves Limantour, entonces ministro de Hacienda, alentó la inversión europea e impuso tarifas arancelarias que beneficiaron directamente a los industriales franceses.⁹ Sin embargo, la Revolución acarreó cambios en la legislación laboral, migratoria y los aranceles, aunados a las bajas que causó la Primera Guerra Mundial entre los jóvenes dependientes, al envejecimiento, de los empresarios franceses y su consecuente renuencia a reinvertir en un marco de inestabilidad, socavaron las bases en que se fincaba esta prosperidad.

En la actualidad, la comunidad francesa ocupa un papel destacado en el seno de la sociedad mexicana, tanto en el ámbito empresarial como social y cultural, y si bien la época del afrancesamiento ha quedado atrás, la creación de Raíces Francesas en México, A.C. ha puesto en relieve el interés que existe por conocer mejor ese periodo. Entre los miembros de la asociación se encuentran numerosos descendientes de los inmigrantes cuya obra está plasmada en imágenes de las que, diez años después de aquella visita a Pachuca y gracias al apoyo del Consejo de Cooperación y Acción Cultural de la Embajada de Francia, hemos logrado obtener reproducciones con el propósito de rescatar y divulgar la memoria de la migración francesa a través de una exposición. Además de ofrecer un testimonio gráfico sobre el quehacer de la comunidad francesa en México, estas fotografías constituyen un ejemplo más de fructífera colaboración entre ambas naciones.

*** Historiador y cronista de Raíces Francesas en México (www.rfm.org.mx). Autor de *Senderos de plata, Historia del fénix de los mineros, Grijalbo, 2006* y *De caracoles y escamoles, un cocinero francés en tiempos de don Porfirio, Alfaguara, 2001*.**

1 Ubicado en 16 de Septiembre y 5 de Febrero, el nombre del almacén se debe a la procedencia de sus mercancías.

2 El transporte de la ciudad se moderniza, al igual que sus comercios, durante la llamada *pax porfiriana*. El Palacio de Hierro, Las Fábricas Universales, El Puerto de Veracruz y El Nuevo Mundo conformaban la llamada “Esquina de Oro”, en el cruce de Venustiano Carranza y 5 de Febrero.

3 Al igual que en El Palacio de Hierro y El Centro Mercantil, soberbios vitrales embellecen el interior de esta tienda, inaugurada en 1909.

4 Año con año, los jardines del Tívoli del Eliseo, en San Cosme, eran el escenario de conciertos, una tómbola y diversos concursos.

5 La promesa de descuentos especiales atraía grandes multitudes, tal como sucede en la actualidad.

6 Propiedad de la Compañía Industrial de Manufactura (CIMS), donde se elaboraban telas de lana.

7 Esta fábrica abastecía diversos almacenes, como El Centro Mercantil. Los industriales franceses enfrentaron numerosas demandas laborales en la segunda década del siglo XX.

8 La cerveza desplazó al pulque, bebida tradicional pero fácilmente perecedera, transformando los hábitos de consumo popular.

9 Cada 11 de noviembre se conmemora la firma del armisticio de 1918, rindiendo homenaje a los miembros de la colonia francesa que murieron defendiendo a su patria durante las dos guerras mundiales.